



ILUSTRACIÓN: GIGLIA PEÑA

CUARENTA

SOLANGE GÓMEZ

Han pasado días desde que realmente dormí. La sensación de que algo espantoso va a ocurrir me ha vuelto paranoica. Como si algo se ocultase bajo la ropa desperdigada en el suelo, acechando, aguardando por el momento perfecto para colarse en mis entrañas. Sin embargo, he de atribuírselo a las largas noches en vela, gastadas frente al ordenador. Desde que empezó la cuarentena, los días han pasado en un pestañeo, como granos de arena; así que dejé de contarlos. En su lugar, volqué mi concentración hacia los trabajos pendientes.

Agotada, decidí que ya había tenido suficiente autocompasión. Pero, tan pronto me puse en pie, un malestar me atravesó. Involuntariamente, me vi encorvada. La espalda me tronaba como si fuese una vieja puerta de acero, con bisagras oxidadas. Mientras, mi estómago se retorció, intentando escapar. Solo cuando la sensación dejó de ser tan angustiada, conseguí llegar al baño, en medio de la penumbra de mi habitación.

La blanca luz hirió mis ojos. Tuve que sostenerme la nariz, antes de finalmente enfrentarme a mi reflejo.

¡No!

Abrí la boca, asombrada. Sin embargo, de mis labios no brotó nada.

Allí, en el espejo, me devolvió la mirada un espectro. En lo alto de la cabeza, me habían surgido un par de cuernos y unas brillantes escamas traslúcidas y sucias, como el agua estancada después de la lluvia. Mis ojos, antes oscuros, se habían tornado del color de la yema del huevo; finas cicatrices descendiendo desde éstos hacia mis mejillas, como si hubiese llorado ácido. Y mis pómulos amenazaban con atravesarme la piel.

La visión fue tan asquerosa como aterradora, que, en un intento por apartarme, resbalé y caí dentro de la bañera.

Lucía repugnante.

Una oscura sustancia infecta y seca la recubría. Mareada, hice acopio de fuerzas para aferrarme a los bordes, y salir. Sin embargo, cuando vi mis manos, vomité. Vomité bilis sobre mí misma y, cuando pensé que había terminado, volví a vomitar. Introduje mi alargada y negruzca mano, para sacar lo que se me había atorado. Un hueso. Pequeño y delgado, como el dedo de un infante. Arrojándolo lejos, finalmente salí de la tina, temblando de miedo y asco.

¿Qué demonios había sido eso?

¿Me había vuelto loca?

¡Me había vuelto loca!

El Covid no había podido conmigo, pero la cuarentena finalmente me había arrebatado la cordura.

Pasé un buen rato allí, tirada en este mugriento piso, llorando hasta que el pecho y la garganta me ardieron. Arremetí los cuernos contra las paredes y tallé las escamas con una piedra pómez hasta sangrar. Nada resultó. Solo conseguí hacerme daño y desquiciarme más. Me abracé con esas grotescas manos que parecían estar manchadas por la perversión.

Afuera, el teléfono sonó una, dos, tres veces.

Silencio.

Luego, vagos pasos.

Y un suave golpeteo en la puerta.

—¿Renata? —dijo mi madre—. Eran tus tías. Vendrán por el cumple de la abuela. ¿Me oíste? —volvió a golpear la puerta con más insistencia—. No puedes seguir recluida ahí.

—Hay más vida que estar ahí, frente al computador como un zombi. ¿Me oyes, Renata? Será mejor que te vistas, salgas y seas un ser humano normal.

Tan testaruda como yo era, más lo enojada que ella sonaba, no me atreví a decirle que hoy, menos que nunca, yo era una persona.

Revolví mi armario, en busca de algo que disimulara mi apariencia. Opté por unos holgados pantalones y un suéter con cuello de tortuga y mangas larguísimas para ocultar mis dedos. Me dirigí al espejo para tapar las escamas, cuando el dolor explotó en mi vientre. Como si hurgaran por debajo la piel.

Levanté el suéter.

Una sola palabra:

Asesina.

Grité y lloré como si me estuvieran matando, pero mamá, tras la puerta, no pareció sorprendida.

—¿Todo bien ahí adentro, Renata?

—S-sí. Todo bien, mamá. S-solo fue un insecto.

—Entonces, sal de allí. Tus tías están por llegar.

Se marchó enseguida y, poco después, yo también me dispuse a salir. El maquillaje no ayudó en absoluto, así que escogí un antifaz negro de mi buró, probablemente restante de alguna fiesta. Afortunadamente, cubrió algo mis pómulos abultados, y hacía juego con los cuernos.

Qué mierda, ya todos sabían que era rara.

El timbre sonó y abrí la puerta, con una falsa sonrisa y el corazón desbocado. Sin embargo, los rostros de mis tías destilaron mi sonrisa.

Se sentaron muy juntas en el sofá de la sala, con expresiones compungidas, paseando sus miradas por la casa: paredes desconchadas y manchas de humedad por doquier. No lograba recordar la última vez que estuvo limpia.

—¿Y bien, cielo? ¿Cómo te has sentido últimamente? —dijo la tía Chela, con voz cálida. Parecía sincera.

—Bien, tía. Muy bien... Todo ha estado de maravilla.

Mi sonrisa incómoda enrareció el ambiente. Y la tía Martha, esquelética y de carácter estricto, nunca se quedaba callada. Así que, cuando se quedó mirando, supe que mi respuesta había sido errada.

—¿Perfectamente? —sus labios lucían como un corte en la piel—. ¿Qué es eso que cargas puesto? ¿Y dónde está tu madre?

—D-d-debió haber ido a buscar a la abuela —la lengua se me enredó y tartamudeé.

—¿A la abuela? —el tono de tía Chela vaciló—. Cariño, ¿te sientes bien?

—¿Dónde está tu madre? Llevo semanas intentando hablar con ella, pero nadie contesta el teléfono —enojada, tía Martha se levantó para ir hacia la cocina.

—¿Qué es ese horrible olor? —dijo, llevándose un par de escuálidos dedos a la nariz—. Bromelia, ¿estás aquí?

—Pero, si ustedes hablaron con ella antes de venir —me apresuré a decir.

—No. Hablamos contigo. Nos pediste que viniéramos.

—Es el cumpleaños de la abuela. Mamá dijo que ustedes vendrían a visitarla...

Mi cabeza se puso pesada; se balancea como la de un muñeco de trapo.

—Renata, cielo, la abuela murió el mes pasado, a causa del Covid. ¿Lo recuerdas? No hemos hablado con ustedes desde entonces.

Tía Chela también se internó en la cocina, en busca del hedor.

—¿Acaso hay comida podrida?

Ni bien levantó la tapa de una de las ollas, soltó un alarido.

Adentro yacían los restos de un cachorro.

Recordé el pequeño hueso de antes, y volví a vomitar.

Esta vez, un ojo rodó hasta el piso.

—¿Qué demonios has hecho, Renata? —tía Martha me miró como si asustada—. ¿Dónde está tu madre? ¡Responde!

Me sentí en medio de una bruma de confusión, como si estuviera sumergida en un estanque de agua y no pudiera respirar.

El mundo pareció inclinarse, arrojando vísceras y tripas.

Traté de mitigar los temblores. Los cuernos pesaban una tonelada.

Entonces, noté que mis dedos en realidad estaban manchados de sangre seca.

Tía Martha, con el rostro tribulado y la piel cenicienta, se alejó por el pasillo. Cubrió su boca con manos temblorosas, al ver sangre por debajo de la puerta de mi cuarto. Lo siguió hasta al baño.

Allí, en la tina, descansaba el cuerpo de mi madre.

—Eres un monstruo... —murmuró.

Tenía razón.

Era un monstruo.

Y el reflejo no había hecho más que anticiparse a la verdad.

Me retiré el antifaz.

Solo después de palpar mi rostro, fui capaz de distinguir rasguños y costras en donde habían estado las escamas.

Mamá.

Había peleado por su vida.

Mis manos habían apretado su cuello, sin piedad.

Después de su último aliento y de que sus uñas abandonaron mi rostro, me había costado soltarla.

Me había sentado ahí, junto a su cadáver.

Profundamente arrepentida y desquiciada. Enloquecida por el dolor, por el encierro, por las obligaciones.

Los recuerdos me invadieron de empellón. Solo reaccioné cuando mi mejilla se estampó contra en piso.

Hoy, no sé cuánto tiempo después de la visita de las tías, una voz me condena a un Hospital mental. Víctima de la “fiebre de cabaña”, he matado a mi madre y comido a mi perro.

Los cuernos, las cicatrices y los ojos amarillos no han desaparecido. Pero nadie los ha notado.

